

soberano legítimo el emperador Alejandro. Finalmente, no para divertirse, pues no tenía necesidad de ello, sino para distraer á sus oficiales, y sobre todo para dar pan á pobres franceses, que ejercían el oficio de cómicos en Rusia, también dispuso que se volvieran á abrir los teatros, y rodeado de una brillante corte militar asistió á las representaciones dramáticas, que hacían poco antes las delicias de la nobleza rusa, esforzándose lo posible para resucitar el cadáver de la desventurada Moscou. Luego pasaba las noches en despachar los negocios administrativos de su imperio, que una estafeta, empleando desde París diez y ocho días, le llevaba muchas veces á la semana. En ocasiones le atraían á las ventanas del Kremlin de pronto columnas de humo

que se elevaban de vez en cuando del incendio que aún consumía á la ciudad sin ventura. Confiado, al hacer memoria de tantos peligros superados gloriosamente, triste cuando veía el abismo en que se había metido tan hondo, nada se pintaba en su rostro soberbio de sus agitaciones internas, porque ni un corazón había en torno suyo al cual quisiera exponer á la carga ominosa de sus confianzas. Así, tan pronto tranquilo como inquieto, pudiendo aún operar un prodigio después de haber dado cima á tantos, allí estaba dentro del antiguo palacio de los zares, en el solsticio de su pujanza, esto es, en aquella especie de tiempo indeterminado que separa la época de la mayor elevación y de la declinación de los astros.

LIBRO CUADRAGÉSIMO QUINTO

EL BEREZINA

Estado de los ánimos en San Petersburgo. — Entrevista del emperador Alejandro y del príncipe real de Suecia en Abo. — Plan de operaciones sobre la retaguardia del ejército francés temerariamente empeñado hasta Moscou. — Refuerzo de las tropas de Finlandia enviado al conde de Wittgenstein, y unión del ejército de Moldavia al ejército de Volhynia bajo las órdenes del almirante Tchitchakoff. — Órdenes expedidas á los generales rusos de marchar contra los ejércitos franceses que guardan el Dwina y el Dnieper, á fin de cerrarles toda retirada. — Mandato al general Kutusoff para que rechace toda negociación y vuelva á empezar las hostilidades lo más pronto posible. — Durante este tiempo, sin esperar mucho de la paz, se detiene Napoleón en Moscou por causa de su repugnancia á un movimiento retrógrado, que le debilitaría á los ojos de Europa é imposibilitaría todo trato. — Se inclina al proyecto de dejar en Moscou una fuerza considerable, yendo con el resto del ejército á establecerse á la rica provincia de Kalouga, desde donde alargaría la mano al mariscal Víctor, llevado de Esmolensko á Jelnia. — Mientras Napoleón se halla en tal incertidumbre, sorprende Kutusoff á Murat en Winkowo, después de proporcionar á sus tropas descanso y refuerzos. — Brillante combate en que Murat repara su incuria con su bizarría. — Irritado Napoleón marcha contra los rusos, á fin de castigarlos por esta sorpresa; abandona á Moscou, dejando á Mortier con diez mil hombres para guardar esta capital. — Partida de Moscou el 19 de octubre, después de haber permanecido allí treinta y cinco días. — Salida de esta capital. — Singular aspecto del ejército, arrastrando tras sí inmensa cantidad de bagajes. — Llegada á orillas del Pakra. — Ya en este punto concibe Napoleón súbito el proyecto de ocultar su marcha al ejército ruso, y de pasar, ofuscándole, del viejo al nuevo camino de Kalouga, y de llegar allí sin disparar un fusilazo y sin tener que trasladar gran número de heridos. — Órdenes para este movimiento que lleva consigo la evacuación definitiva de Moscou. — Advertido oportunamente el ejército ruso, se traslada á Malo-Jaroslawetz en el nuevo camino de Kalouga. — Sangrienta y gloriosa batalla de Jaroslawetz, dada por el ejército de Italia á parte del ejército ruso. — Lisonjeándose Napoleón de penetrar hasta Kalouga, deseaba persistir en su proyecto, pero el temor de una nueva batalla, la imposibilidad de llevar consigo nueve ó diez mil heridos, y las instancias de todos sus lugartenientes, le determinan á volver á tomar el camino de Esmolensko, ya seguido por el ejército al dirigirse á Moscou. — Resolución fatal. — Primeras lluvias y dificultades del camino. — Principio de tristeza en el ejército. — Penosa marcha sobre Mojaisk y Borodino. — Escasez que resulta del consumo de los víveres sacados de Moscou. — Atraviesa el ejército el campo de batalla del Moskowa. — Triste aspecto de este campo de batalla. — Se dan á perseguirnos los rusos. — Dificultades con que tropieza nuestra retaguardia fiada al mariscal Davout. — Sorpresas nocturnas de los cosacos. — Ruina de nuestra caballería. — Peligro que el príncipe Eugenio y el mariscal Davout corren en el desfiladero de Czarewo-Zaimitche. — Soldados que no pueden seguir al ejército por falta de víveres y de fuerzas para las marchas. — Formación hacia la retaguardia de una multitud de hombres desbandados. — Movimiento de los rusos para llegar antes que el ejército francés á Wiasma, mientras una fuerte retaguardia á las órdenes de Miloradowitch debe acometerle y quitarle sus rezagados. — Combate del mariscal Davout en Wiasma, á quien atacan de frente y por la espalda los rusos. — Sálvase este mariscal de un gran peligro, por virtud de su energía y del socorro del mariscal Ney. — Extenuado el primer cuerpo de resultados de las fatigas y penalidades sufridas, es reemplazado por el tercer cuerpo, encargado ya de cubrir á las órdenes del mariscal Ney la retirada. — Fríos repentinos y principios de padecimientos crueles. — Pérdida de caballos que no se pueden mantener sobre el hielo, y abandono de parte de los carros de artillería. — Llegada á Dorogobouga. — Tristeza de Napoleón y su inacción durante la retirada. — Noticias que recibe del movimiento de los rusos sobre su línea de comunicación y de la conspiración de Malet en París. — Origen y pormenores de esta conspiración. — Precipitada marcha de Napoleón sobre Esmolensko. — Desastre del príncipe Eugenio al paso del Vop, durante su marcha sobre Vitebsk. — Se incorpora al grande ejército en Esmolensko. — Al saber allí Napoleón que el mariscal Saint-Cyr se ha visto obligado á abandonar á Polotsk, que el príncipe de Schwartzenberg y el general Reynier se han dejado engañar por el almirante Tchitchakoff, el cual se adelanta sobre Minks, se apresura á llegar al Berezina, para librarse del peligro de ser envuelto. — Partida sucesiva de su ejército en tres columnas y encuentro del ejército ruso en Krasnoe. — Tres días de batalla en torno de Krasnoe y separación del cuerpo del mariscal Ney. — Marcha extraordinaria de éste para incorporarse al ejército. — Llegada de Napoleón á Orscha. — Sabe que Tchitchakoff y Wittgenstein se hallan próximos á juntarse á orillas del Berezina y á cortarle toda retirada. — Se apresura á llegar á las márgenes de este río. — Grave deliberación sobre la elección del punto por donde ha de pasarse. — En el momento en que se desesperaba de hallarlo, llega milagrosamente el general Corbineau, perseguido por los rusos, y descubre un punto por donde es posible pasar el Berezina hacia Studianka. — Todos los esfuerzos del ejército se dirigen sobre este punto. — Admirable decisión del general Eblé y del cuerpo de pontoneros. — El ejército emplea tres días en pasar el Berezina, y durante ellos pelea con el ejército que le ataca de frente para estorbarle el paso y con el que le acomete por la espalda para lanzarle sobre el Berezina. — Vigor de Napoleón, cuyo genio entero se despierta delante de este gran peligro. — Heroica lucha y espantosa escena junto á los puentes. — Salvado el ejército por milagro, se traslada á Smorgoni. — Ya allí, y después de reflexionar sobre las ventajas y los inconvenientes de su partida, se resuelve Napoleón á dejar clandestinamente el ejército para dirigirse á París. — Parte el 5 de diciembre en trineo, acompañado por Mr. de Lauristón, el mariscal Duroc, el conde de Lobau y el general Lefebvre-Desnoettes. — Después de su partida, la desorganización y el súbito aumento del frío consuman la ruina del ejército. — Evacuación de Wilna y llegada de los estados mayores á Königsberg sin un soldado. — Caracteres y resultados de la campaña de 1812. — Verdaderas causas de este inmenso desastre.

Mientras en Moscou acontecían estas cosas, retirado el emperador Alejandro en San Petersburgo, dedicaba á esta guerra sus días y sus noches, y aun cuando hubiese renunciado á ordenar las operaciones sobre el

terreno, se ocupaba en dirigir su conjunto, en preparar los recursos para llevarlas á cabo y en dilatar el círculo de ellas con sus alianzas.

Ya hemos dicho que se negó á tratar con los ingleses

hasta el día de la ruptura definitiva con Francia, pero que, á contar desde su salida de Wilna, esto es, después del regreso de Mr. de Balachoff, no anduvo ya en vacilaciones, y que, bajo los ojos y por conducto del príncipe real de Suecia, autorizó á Mr. de Suchtelen para firmar el 18 de julio la paz de Rusia con la Gran Bretaña, bajo las condiciones más sencillas y más breves, como las de una alianza ofensiva y defensiva, sin ninguna designación de medios que, abandonados á las circunstancias, debían ser cuantos cupieran en lo posible. También hemos dicho que lord Cathcart, el que había adquirido en Copenhague una celebridad siniestra, corrió inmediatamente á San Petersburgo, para representar allí á Inglaterra. Bajo los auspicios de este embajador fué preparada y se realizó una entrevista, que era objeto de los ardientes deseos del príncipe de Suecia. Ser admitido en presencia de Alejandro, recibir testimonios de su confianza, muestras de distinción por su parte, su palabra imperial de ser mantenido sobre el trono de Suecia y galardonado con la Noruega, constituía una verdadera pasión en el nuevo príncipe sueco. Aunque el orgullo de Alejandro padecía singularmente al abocarse con semejante aliado, y aun cuando supiera hacer diferencia entre las familiaridades con un grande hombre como Napoleón y las familiaridades con un favorito de la fortuna como el general Bernadotte, le interesaba tanto asegurarse la ayuda del ejército sueco que consintió en una entrevista, que había de tener lugar en Abo, punto de la Finlandia el más próximo á las costas de Suecia. Esta entrevista importaba tanto más al emperador Alejandro, cuanto que tenía en Finlandia veinte mil hombres de buenas tropas, cuya incorporación al ejército de Wittgenstein podía ser de la mayor consecuencia, y que habían sido dejados en el Norte del imperio bajo pretexto de concurrir á la conquista de Noruega, según el tratado de 24 de marzo, si bien realmente para estar en guardia contra una traición imprevista. Con efecto, á pesar de las instancias del príncipe real para estrechar sus vínculos con Rusia, buenos observadores creyeron descubrir algunas veces sobre su rostro vacilaciones, pesares, cólera mal comprimida, especialmente desde los principios de la campaña no favorables á los rusos, y oyéronle expresar quejas harto amargas porque no se le ayudaba de seguida á conquistar la Noruega. Por estas diversas razones fué aceptada la entrevista y celebróse el 28 de agosto en la ciudad de Abo, delante de lord Cathcart y bajo los auspicios de la marina inglesa, cuyos buques trasladaron al príncipe Bernadotte de las costas de Suecia á las de Finlandia. Apenas llegado éste, fué tratado con las más delicadas atenciones, pues cuando la necesidad lo exige, el orgullo ruso truécase de pronto en una deferencia obsequiosa, acompañada de una gracia asiática que no pertenece en tanto grado más que á esta nación formidable. Desplegando Alejandro en Abo la amabilidad interesada que en Tilsit y en Erfurt había desplegado antes, sin tener ahora otra excusa que la de la política para su decoro, hizo al príncipe sueco la primera visita, prodígole abrazos, recibió los suyos, y á la verdad obtuvo el premio de su condescendencia, puesto que, poseído el nuevo príncipe de cierta especie de embriaguez, se prestó á todos los arreglos anhelados por Rusia. Se convino en que, en vez de gastar inútilmente las

fuerzas de la coalición en Noruega, provincia de que se podían apoderar siempre, se llevarían todas las fuerzas disponibles al teatro donde se iba á decidir verdaderamente la suerte de la guerra; en que se enviaría á las márgenes del Dwina el cuerpo ruso retenido en Finlandia; en que se reservaría el ejército sueco para un desembarque á retaguardia de los franceses; en que, debiéndose efectuar verosímilmente este desembarque en Dinamarca, por sí mismo se proveería el príncipe sueco de una prenda fácil de trocar más tarde por Noruega; en que finalmente se emplearían en batir á Napoleón las fuerzas comunes, pues éste era el objeto esencial de la guerra y el medio seguro de que el futuro monarca de Suecia conquistara la Noruega. Admitidas estas cosas, el príncipe real dió al emperador Alejandro los mejores consejos, funestísimos para nosotros; consejos sacados de su experiencia, y expresados en el lenguaje de la más violenta saña. Según dijo á Alejandro, no era Napoleón todo lo que suponía la estúpida admiración de Europa; no era el genio profundo, universal, irresistible, de la guerra que se imaginaba; no era más que un general bullicioso, impetuoso, sin saber más que ir adelante, y atrás nunca, aunque la situación lo exigiera. En su contra no se necesitaba más que un talento, el de esperar, para vencerle y destruirle. Su ejército no era ya el que se había conocido. Se hallaba demasiado compuesto de extranjeros, y sobre todo de reclutas: los generales, que le tenían bajo su mando, estaban cansados de guerras continuas, y no resistiría á la prueba á que acababa de ser expuesto, llevándole á las profundidades de Rusia. Después de haberle metido Napoleón en tal empeño, no sabría retirarle, y para alcanzar un triunfo completo sólo se necesitaba una cosa, no más que una, perseverancia. Se perderían una, dos, tres batallas, después las habría indecisas, y tras las indecisas vendrían las victoriosas, con tal de que se supiera persistir y no ceder nunca. Quitad á estos consejos, que el buen sentido inspiraba entonces á todo el mundo, quitadles el lenguaje del odio, y lo demás era verdadero por desgracia.

Persuadido Alejandro de antemano de estas verdades, sintióse más penetrado de ellas al oír al príncipe real de Suecia, y se separaron encantados uno y otro, el uno glorioso de intimidad semejante (1), el otro no glorioso, pero sí convencido de que, por poco segura que fuese la fe del nuevo sueco, sin peligro alguno podía retirar sus tropas de Finlandia para trasladarlas á Livonia, resultado á la sazón el más provechoso que podía sacar de esta entrevista. Mientras el emperador Alejandro se ajustaba así con Suecia, concluía sus tratos con la Puerta, aceptando sus condiciones, por diferentes que fuesen de las que se había lisonjeado de obtener durante largo tiempo. Después de desistir sucesivamente de la Valaquia, de la Moldavia hasta Setret, y, por último, de la Moldavia toda, no se atuvo definitivamente más que á la Besarabia, para adquirir al menos las bocas del Danubio, é insistió sobre todo en tener la alianza de los turcos con la intención quimérica,

(1) No necesito declarar que, cuidadoso siempre de no decir más que la verdad, tomo estos pormenores de los despachos más auténticos, unos dirigidos al gabinete francés, otros comunicados al mismo por una corte aliada, que conservó un embajador en San Petersburgo. (N. del A.)

de que ya hemos hablado, de inducirles á invadir las provincias de Iliria, y aún quizá la Italia, juntamente con el ejército ruso. Cansados los turcos de guerra, cansados también de sus relaciones con las potencias de Europa, y no queriendo mezclarse con ellas para cosa alguna, hicieron el imprudente sacrificio de la Besarabia, pudiendo conservarla sin más que unos pocos días de paciencia, pero se negaron constantemente á toda alianza con Rusia. Sólo por este motivo se tuvo en suspenso el tratado de paz ya firmado. El almirante Tchitchakoff, cuyo espíritu ardiente aspiraba á un gran resultado, cualquiera que fuese, al ver frustradas sus esperanzas de invadir el imperio francés en unión de los turcos, imaginó otra cosa distinta, la de invadir el mismo imperio de Turquía, y propuso á Alejandro marchar en derecha sobre Constantinopla y apoderarse de ella. En el trastorno continuo de Estados á que se estaba acostumbrado entonces, esperaba que en virtud de los ajustes de la paz inmediata podría quedar esta hermosa conquista á Rusia. Cuando llegó esta proposición á manos de Alejandro, se conmovió profundamente: su corazón, oprimido por las desdichas de la guerra, dilatóse de pronto, y estuvo á punto de ordenar que se emprendiera esta atrevida marcha; pero muy luego la reflexión vino á calmar los primeros ardores del nieto de Catalina. Pensando en sus aliados declarados, Suecia é Inglaterra, en sus aliados ocultos y próximos acaso, Prusia y Austria, temiendo disgustar mortalmente á todos y alejarlos de su lado, si se atrevía á poner la mano sobre Constantinopla; conociendo la dificultad de marchar á esta capital con cincuenta mil hombres á lo sumo, la imprudencia de invadir el territorio ajeno cuando estaba invadido el propio, el gran provecho que se podría sacar de estos cincuenta mil hombres uniéndolos á los treinta mil de Tormazoff, para llevarlos sobre los flancos del ejército francés, retuvo á su temerario amigo el almirante Tchitchakoff, y sin embargo, en vez de darle una orden positiva, pues tanto le costaba la renuncia temporal á estas miras hereditarias, le recomendó más bien que le mandó el aplazamiento de estos magníficos designios sobre Constantinopla, la terminación de todo con los turcos, y su pronta marcha á Volhynia, donde se le aguardaba dentro de pocas semanas (1).

(1) Esta proposición del almirante Tchitchakoff es ciertamente una de las circunstancias más curiosas de la historia moderna, y no la referiríamos si no tuviéramos certidumbre de ella. Habiendo podido proporcionarnos, no por la familia del almirante, establecida en París, sino por comunicaciones emanadas de otras fuentes, la correspondencia personal del emperador Alejandro con el almirante Tchitchakoff, citamos el documento siguiente, que no deja ninguna duda sobre el hecho que aseveramos.

El emperador Alejandro al almirante Tchitchakoff.

«Liakow cerca de Polotsk 6 (18) de julio de 1812.

»Iba á enviaros mi respuesta á vuestra carta del 26 de junio (8 de julio) cuando recibí vuestro despacho del 29 (11). Quería aprobar todas las disposiciones que tomasteis hasta el 26 y daros para obrar carta blanca: no obstante, confieso que vuestra carta del 29 me embaraza para la decisión que tengo que comunicaros. Muy vasto es el plan y muy atrevido; pero ¿quién puede responder de su buen suceso? Entretanto nos privamos del efecto que vuestra diversión podría causar sobre el enemigo, y generalmente nos privamos por muy largo tiempo de la cooperación de todos las

Tales fueron los ajustes políticos concluidos por Alejandro con los que podían ayudarle y con los que hubieran podido crearle estorbos. De vuelta en San Petersburgo después de la entrevista de Abo, recibió la noticia de la batalla del Moskowa, tomola al principio por un triunfo, envió al príncipe Kutusoff el bastón de mariscal, un regalo de cien mil rublos (diez mil francos) para él, y de cinco rublos para cada soldado, y ordenó que se dieran acciones de gracias al cielo en todas las iglesias del imperio. Mas pronto supo la verdad é indignóse de la imprudencia de su general en jefe, sin atreverse, á pesar de todo, á ponerla de manifiesto, pues se aprovechaba de una mentira que sostenía el corazón de sus súbditos: después experimentó una sensación profunda al saber la toma de Moscou, y la catástrofe de esta ciudad sacrificada á los dioses infernales de la guerra y del odio. Inmensa fué la impresión que hizo en todo el imperio, con especialidad en San Petersburgo, debiéndose decir que en esta segunda capital igualó el miedo á la pesadumbre.

San Petersburgo, creación artificial de Pedro el Grande, ciudad de empleados, de gentes de corte, de comerciantes, de extranjeros, no era, á semejanza de Moscou, el corazón de Rusia, sino más bien la cabeza llena de ideas tomadas de fuera. Al principio había deseado la guerra, cuando no vió en ella más que el restablecimiento de las relaciones mercantiles con la Gran Bretaña; mas, al descubrir una larga serie de sacrificios y de peligros, no la quería ya tanto. También achacaba sus infortunios actuales á aquel sistema de retirada indefinida, que había llevado á los franceses hasta el centro del imperio: acusaba á los generales de traición ó de cobardía, al emperador de flaqueza, y se vengaba de los terrores que padecía con un lenguaje amargo y violento hasta lo sumo. No podía el general Pfuhl asomar por las calles sin exponerse á ser insultado. Por el contra-

tropas que militan bajo vuestro mando, llevándolas hacia Constantinopla.

»Sin hablar ya de la opinión general, ¿no vamos á añadir embarazos á los que nos rodean al presente, chocando tanto con nuestros compatriotas como con nuestros aliados los ingleses y los suecos de results de determinación semejante? Los austriacos, que á la sazón no se presentan en la lucha más que con treinta mil hombres, viendo amenazado el imperio otomano hasta en sus cimientos, se verán obligados, si no por su propia voluntad, de seguro por la del emperador Napoleón, á hacer marchar todas sus fuerzas para impedir tales resultados, y entrando en la Moldavia y la Valaquia, pondrán en los mayores apuros á vuestra retaguardia y aun á las fuerzas con que marcháis sobre Constantinopla. Si la diversión á que parecéis determinado del todo en vuestra carta del 26 de junio (8 de julio) halla ahora tantos obstáculos en vuestro concepto, quizá habría que tomar una determinación más prudente que todas y que podría producir resultados no menos provechosos. Se reduciría á canjear las ratificaciones, contentarse por ahora con ésta sin exigir imperiosamente la alianza, y trasladar todas las fuerzas á vuestras órdenes por Holting y Camenisk-Podolsk hacia Doubna, donde seríais reforzado por todo el ejército de Tormazoff, al cual daría yo orden de entregáros el mando, enviándole á mandar á Kiew, y con este ejército imponente, compuesto de ocho ó nueve divisiones, marchar sobre cuanto encontrarais delante por el lado de Varsovia, y producir una diversión eficazísima para los dos primeros ejércitos, que tienen delante fuerzas muy superiores. Creo que sólo se puede elegir entre estos dos planes, ó el de la diversión hacia la Dalmacia y el Adriático, ó por la Podolia del lado de Varsovia.

»Más tarde puede ser reproducida la historia de Constantinopla. Luego que marchen bien nuestros asuntos contra Napoleón, podremos volver á vuestros, etc.» (N. del A.)

rio, el general Paulucci, considerado como contradictor suyo, era acogido con las más lisonjeras demostraciones.

Universalmente estaba divulgada la idea de que Napoleón marcharía muy pronto de Moscu a San Petersburgo, y ya se hacían preparativos de partida. Porciones de objetos preciosos eran encaminados á Arcángel y á Abo. Sobre la conducta que debía seguirse, los pareceres andaban discordes. Guerra á muerte querían los espíritus fogosos, y no se recataban para decir que, si desmayaba Alejandro, habría que destituirle y que elevar al trono á la gran duquesa Catalina, su hermana, esposa del príncipe de Oldemburgo, aquel de quien Napoleón había tomado el patrimonio, princesa hermosa, de capacidad no escasa, emprendedora, reputada por enemiga de los franceses, y residente á la sazón donde su marido, gobernador de las provincias de Twer, de Jaroslaw y de Kostroma. Al revés los espíritus más templados propendían á que se aprovechara una coyuntura para entrar en ajustes. Les espantaba ver á los franceses en San Petersburgo y al emperador fugitivo hacia Finlandia, provincia dudosa, ó hacia Arcángel, provincia situada junto al mar Blanco. La emperatriz madre, aquella princesa tan altiva, tan poco favorable á los franceses, asustada de los peligros de su hijo y del imperio, sintió desfallecer su corazón de pronto, y volvió á la idea de la paz, como también el gran duque Constantino, que había abandonado el ejército después de la pérdida de Esmolensko y pensaba que convenía limitarse á una de aquellas guerras políticas que se terminan, después de perder dos ó tres batallas, con un tratado más ó menos desfavorable, y no venir á parar á una guerra destructora como la que sostenían los españoles ya hacía cuatro años contra Francia. Lo más extraño era que el mismo Mr. Araktchejev propendía á la paz, siendo recientemente uno de los más enérgicos parciales de la guerra á cuchillo. Mr. de Romanzoff, silencioso desde que las nuevas intimidades con Francia habían desmentido tan cruelmente su sistema, y que ya se hallara totalmente alejado de los negocios si, desgraciado al representante de la política de Tilsit, no pareciera que Alejandro se condenara á sí mismo, había recobrado la voz para hablar de paces. Sin embargo, los gritos de guerra habían cubierto estas tímidas palabras de reposo, y especialmente los emigrados alemanes, que habían ido á buscar un albergue en Rusia y á pedirle que se pusiera al frente de la insurrección europea, viéndose próxima á sucumbir su causa, duplicaban esfuerzos y súplicas para alentar á la familia imperial á la resistencia. Mr. de Stein al frente de ellos mostrábase el más vehemente y el más firme. En medio de este conflicto entre el odio y el miedo, la agitación era general y profunda.

Alejandro tenía el corazón afligido por las desgracias actualmente irreparables de Moscu y por las desgracias posibles de San Petersburgo, no estaba muy seguro de poder salvar esta capital, y quizá desmayara, tanto era su quebranto, si no le sostuviera su orgullo hondamente herido. Imposible le parecía rendir otra vez más su espada á aquel imperioso aliado de Tilsit y de Erfurt, por quien había sido tratado tan desdeñosamente. Tenía el noble orgullo de preferir la muerte á una humillación semejante, y decía en el seno de la confianza que él y Napoleón no podían ya reinar juntos en Europa,

y que era menester que uno ú otro desapareciera de la escena del mundo.

Por lo demás, entre este caos de opiniones divergentes, afectado por la timidez de los unos, ajado por el ardor casi insultante de los otros, cansado del tumulto de todos, se había ocultado á los ojos del público y tomado en silencio la resolución irrevocable de no ceder de ninguna manera. Un instinto secreto le decía que, llegado á Moscu, corría Napoleón más peligros que hacía correr á Rusia, y además el invierno, ya cercano, le parecía un aliado que muy en breve cubriría con un escudo de hielo á San Petersburgo.

Fija ya su resolución, adoptó las providencias consiguientes. Pronto podía hallarse la flota rusa de Cronstadt encerrada en los hielos y expuesta á ser presa de los franceses; y así determinó el sacrificio penoso de confiarla á los ingleses. Hizo llamar á lord Cathart, le confesó sus aprensiones, declaróle al par sus resoluciones irrevocables, y le dió la prueba más inequívoca de ellas pidiéndole que tomara en depósito la escuadra rusa con todo cuanto tenía á bordo, y diciéndole que la confiaba al honor y á la buena fe de la Gran Bretaña. Ufano el embajador británico de semejante abertura, prometió que el depósito sería fielmente guardado y la escuadra rusa recibida con la más cordial hospitalidad en los puertos de Inglaterra. Alejandro ordenó que se hiciera á la vela, cargándose á bordo lo más precioso y encaminándola hacia el Gran-Belt para que saliera del Báltico á la primera señal, bajo la escolta y protección del pabellón de la Gran Bretaña. Dirigidos fueron á Arcángel otros objetos pertenecientes á la corona, sobre todo en materia de papeles de Estado.

A estas precauciones, tomadas para el caso de nuevas desventuras, añadió Alejandro otras mucho mejor entendidas, y cuyo resultado probable debía ser que sucediera el triunfo á la derrota. De acuerdo se acababa de poner con Suecia para el envío á Livonia del cuerpo de ejército del general Steinghel, que hasta entonces estuvo retenido en Finlandia. Se convino en que la mayor parte de este cuerpo, trasladada por mar de Helsingford á Revel, iría por tierra á Riga, para juntarse allí al conde de Wittgenstein, lo cual proporcionaría á éste una fuerza total de sesenta mil hombres. También fijó sus resoluciones definitivas respecto del ejército del almirante Tchitchakoff, y renunciando á todos los planes seductores, si bien actualmente funestos, que le habían sido presentados, expidió al almirante orden formal para trasladarse á Volhynia, juntar allí las tropas del general Tormasoff bajo su mando, con las cuales debía componer un ejército de setenta mil hombres, y de remontar el Dnieper para concurrir á un movimiento concéntrico á retaguardia de Napoleón de los ejércitos rusos. Entre las ideas emitidas por el general Pfuhl de continuo, se contaba una que había llamado particularmente la atención de Alejandro, y era la de operar sobre los flancos y la retaguardia del ejército francés, luego que se le hubiese atraído á lo interior del imperio. Esta idea, prematura en julio cuando Napoleón estaba en Wilna, prematura aun cuando se hallaba entre Vitebsk y Esmolensko, y en aptitud de desbaratar todas las tentativas preparadas sobre sus flancos, venía á ser muy oportuna, y podía producir grandes consecuencias en octubre, cuando estaba en Moscu. Efectivamente aho-

ra ó nunca era el caso de caer sobre su línea de comunicación, pues se encontraba muy lejos del punto de partida, sus tropas no habían adquirido un ascendiente decidido en ninguna parte, y si el conde de Wittgenstein abundantemente reforzado lograba rechazar al mariscal Saint-Cyr del Dwina y adelantarse entre Vitebsk y Esmolensko, al agujero mismo por donde Napoleón había pasado para marchar sobre Moscu; si el almirante Tchitchakoff, dejando un cuerpo delante del príncipe de Schwartzenberg para contenerle, remontaba con cuarenta mil hombres el Dnieper y el Berezina, para dar la mano á Wittgenstein, podían unirse junto al alto Berezina uno y otro y recibir á la cabeza de cien mil hombres á Napoleón, cuando volviera de Moscu extenuado por una larga marcha, acosado por Kutusof, y expuesto á ser cogido entre dos fuegos.

Inducido el emperador Alejandro á estas miras de resultados de sus conversaciones con el general Pfuhl, alentado á perseverar en ellas por su ayudante de campo piemontés Michaud, encargó á Mr. de Czernicheff que se dirigiera adonde estaba Kutusoff para hacer que las pusiera en planta, y las comunicara al almirante Tchitchakoff de seguida, y se trasladara por último cerca de Wittgenstein con el propio objeto, y corriera sin cesar de uno á otro hasta conseguir reunirlos y que concurrieran á la misma empresa. Con semejantes miras no podía Alejandro responder á las aberturas de Napoleón de una manera favorable. Así, desde que tuvo noticia de ellas, resolvió no escucharlas. Sin embargo, causáronle satisfacción muy viva, como que daban nuevo testimonio de los apuros que en el seno de Moscu empezaban á experimentar los franceses, apuros que le presagiaban, no solamente la salvación de Rusia, sino también su triunfo. Con todo importaba retener á Napoleón en Moscu lo más posible, pues si salía de allí muy pronto, podría volver sano y salvo, y así determinó Alejandro hacerle aguardar su respuesta, sin permitirle sospechar en qué sentido se la daría. Consiguientemente á los proyectos manifestados, Mr. de Czernicheff partió para el campo del generalísimo Kutusoff, y le comunicó el plan adoptado de guardar silencio, contemporizar, aguardar los progresos de la mala estación, y preparar entre tanto á espaldas del ejército francés una reunión de fuerzas abrumadora. Sobre esto nada había que decir, nada que aconsejar al viejo Kutusoff, que mejor que nadie en Rusia comprendía este sistema de guerra y era capaz de ejecutarlo con buen éxito. Por tanto, admitió sin discusión un plan que era la continuación de sus ideas y además la justificación de toda su conducta.

Mientras Napoleón era blanco de estos cálculos formidables, consumía su tiempo en Moscu dedicándose á las ocupaciones que hemos descrito, esperando las respuestas que no llegaban; y siguiendo las oscilaciones comunes de todo espíritu agitado, cualquiera que sea, tan pronto creía lo que deseaba, esto es la paz, como dejaba de creerlo, sin más razón que la de haberlo creído un instante, si bien las más veces desesperaba de conseguirla, fundándose para no contar con ella en el incendio de Moscu, en este acto que revelaba un patriotismo furioso, y en el silencio del emperador Alejandro, quien debía haber recibido ya hacía mucho tiempo las primeras confidencias transmitidas por MM. Toulteline y Jakowleff. De consiguiente, se decía que era

forzoso tomar un partido y tomarlo pronto, y se preparaba á ello mucho antes de que las palabras comunicadas al general Kutusoff el 5 de octubre pudieran recibir respuesta. Magnífico era el tiempo, de una pureza y una suavidad extremadas. Jamás en nuestros climas de Francia había heroseado otoño más sereno las campiñas de Fontainebleau y de Compiègne. Pero cuanto más seductor el tiempo, tanto más debía ser seguido de una reacción pronta y completa y tanto más convenía pensar en retirarse. Con descanso y alimento abundante se habían repuesto los soldados de infantería, y respiraban salud y confianza. Llegado habían, además de la división italiana de Pino, del cuerpo del príncipe Eugenio y de la división de la joven guardia de Delaborde, cierto número de heridos de la jornada del 7, restablecidos de sus heridas, y algunos batallones y escuadrones de marcha. De consiguiente ascendía el ejército á cien mil hombres de todas armas, verdaderamente bajo banderas, con seiscientas bocas de fuego perfectamente municionadas. El respetable general Lariboisiere, que había perdido en el Moskowa un hijo ante sus ojos y á quien su profundo dolor no impedía llenar sus deberes con la actividad de un mancebo, no veía con gusto esta masa de artillería, y hubiera preferido tener menos cañones y más municiones, porque sabía con cuánta rapidez se habían consumido en esta guerra y con cuánto trabajo habría que arrastrar detrás de sí un aprovisionamiento proporcionado al número de bocas de fuego. Pero Napoleón, haciendo memoria del efecto producido por la artillería en el Moskowa, previendo que pronto le faltarian hombres y lisonjeándose de suplir á la fusilería con la metralla, persistía en sus resoluciones. Hizo coger todos los pequeños caballos del país llamados *cognados* para los carros privados de tiros, y con estos recursos esperaba superar las dificultades que preocupaban al general Lariboisiere. De suerte que en el ejército se hallaba todo en buen estado, salvo los medios de transporte. Mientras rebosaban salud los hombres, desprovistos los caballos de forrajes, estaban flacos y en situación que inspiraba las más vivas inquietudes. Tristísimo aspecto presentaba la caballería, junta casi toda á las órdenes de Murat delante del campo de Taroutino. Acampado Murat en una llanura, detrás del riachuelo Czerniczna, mal cubierto sobre sus alas y mal protegido por el armisticio verbal que no observaban los cosacos, veíase obligado á tener su caballería siempre en movimiento, lo cual, unido al alimento detestable, compuesto de la paja podrida que cubría las chozas, contribuía á aniquilarla. Por vía de socorro envió Napoleón á Murat algunos forrajes y autorización para replegarse sobre Woronowo, en mejor posición, á siete ú ocho leguas detrás del enemigo. Pero previendo Murat un movimiento general y cercano, rehusando lanzar á sus tropas en un cambio de cantones que apenas les aprovecharían algunos días, quedóse en Winkowo, delante de Kutusoff, que se hallaba establecido en Taroutino.

Ya el 12 de octubre, cuando aún no era posible tener respuesta de San Petersburgo al paso dado el 5, después de pasar en Moscu veintisiete días, conocía Napoleón que era indispensable abrazar un partido, y que, si se quedaba en Moscu, debía alejar á los rusos de sus cantones, y si se retiraba de aquel punto, había que emprender la marcha antes de que la mala estación vinie-